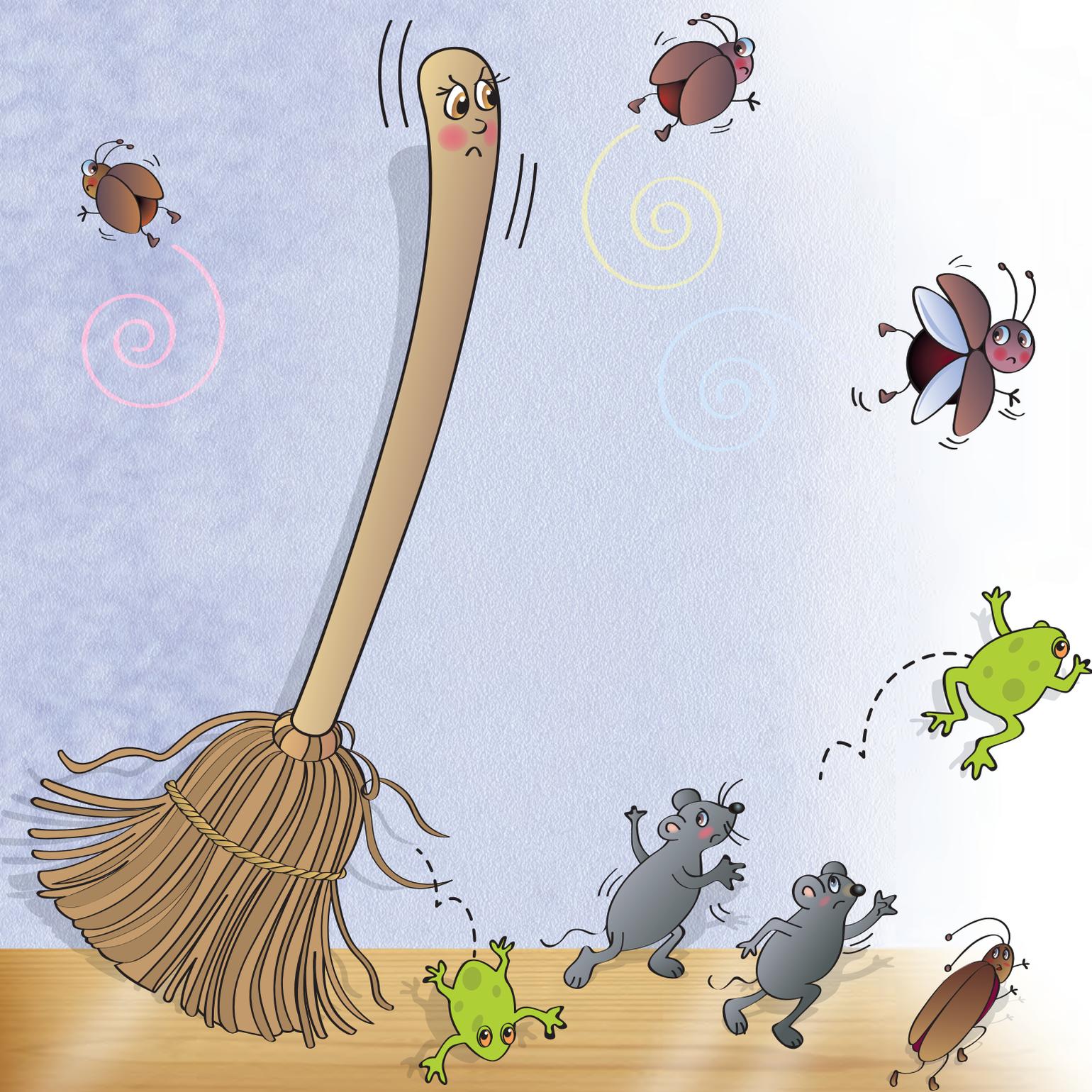


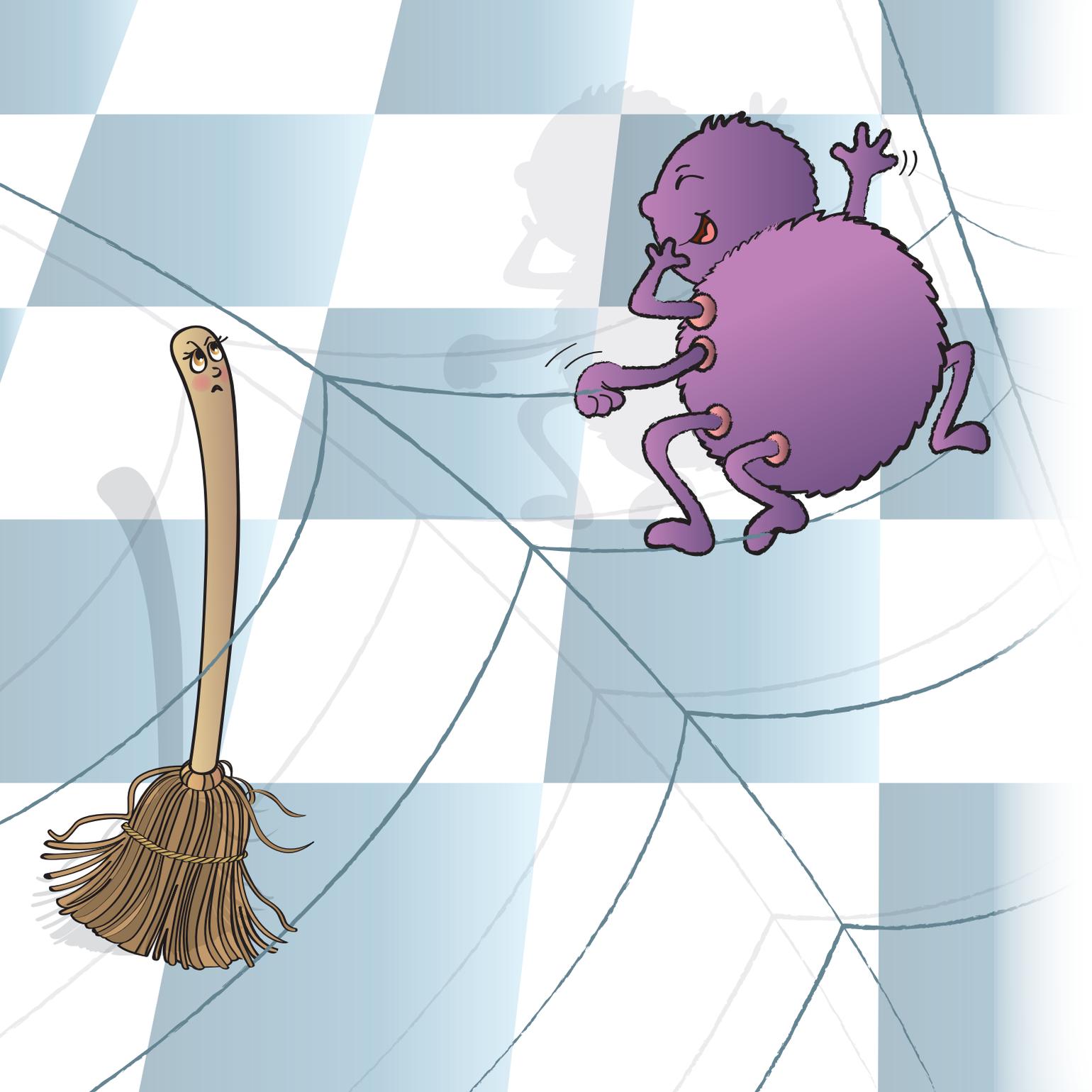
Valverde (2014). ¡Estrella, sí! (extracto pp. 2-27). EUNED, San José.  
Material con fines didácticos, para los estudiantes de la Universidad Estatal a Distancia, Costa Rica.  
Se prohíbe su reproducción comercial.



La vida de esta escoba transcurría trabajando de la mañana hasta la noche, barría las hojas secas del árbol de malinche, la eterna lluvia de hojas del bambú, las flores marchitas del árbol jacaranda, y como si fuera poco también barría los tizones que caían del horno de barro, esos carbones calientes causantes de tantos dolores y tantas cicatrices.



También formaba parte de su trabajo perseguir cucarachas, abejones, sapos y ratones que entraban en la casa sin permiso, a ella eso no le gustaba nada.



A menudo limpiaba las telarañas de las paredes y barría las bolas que dejaban el perro, el gato y la coneja en el camino después de comer.

—¡Qué asco! —decía Escoba.



Escoba siempre había deseado tener tiempo para jugar, pero tanto trabajo se lo impedía, y cuando llegaba la noche estaba tan cansada, tan cansadísima, que solo tenía ganas de dormir.

En la noche al cerrar sus ojitos tristes, Escoba pensaba: "... estoy tan cansada de barrer, de arrastrar basura, de estar sucia y oler mal, de vivir escondida tras la puerta..."



Y así, Escoba ocupaba un pequeño lugar junto al Gancho y al Cepillo del Piso, en la oscuridad del rincón detrás de la puerta de la cocina. Pero ellos se conformaban y no les molestaba nada vivir ahí, al fin y al cabo para eso habían nacido, además, su trabajo era diferente y menos duro que el de Escoba.



Escoba tenía un gran deseo, este era tan grande *que no cabía en su corazón, donde lo guardaba en secreto*, a ella le hubiera gustado ser una niña o un niño para poder jugar, bailar y correr por el campo, pero sobre todo soñaba con tener manos, manos que jugaran a subir a los árboles y tomar sus frutos para poderlos saborear, deliciosos mangos, manzanas de agua, marañones, jocotes y naranjas.



En aquellos momentos detrás de la puerta, Escoba pensaba, pensaba en su vida, pensaba en sus sueños.

Había conocido la historia de algunas de sus antepasadas, porque había barrido páginas de libros de cuentos infantiles que tenían escobas dibujadas junto a sabias mujeres ataviadas de colores oscuros y sombreros picudos. Eran escobas que sabían volar y conocían el mundo, sabían leer los libros mágicos, tenían amigas, tenían amigos.



Escoba continuaba soñando con hacer otras cosas, pero no podía, solo soñaba con su gran deseo, *tan grande que no cabía en su corazón, donde lo guardaba en secreto.*

Cuando nadie la veía hablaba en voz baja...

—¿Qué será de mí cuando se gasten mis fibras, ¿será ese mi fin?

Y durante mucho tiempo esperó un cambio, pero no había respuesta, porque ningún "príncipe" llegó, y ninguna "hada madrina" la convirtió en princesa.

Una tarde, por algún motivo que Escoba desconocía, fue lanzada al patio de la casa. Y rodeada de hojas secas y otras basurillas, postrada sobre el piso pudo mirar el cielo durante largas horas.



¡Qué belleza!, se maravilló al descubrir las nubes blancas con sus movimientos y sus gigantes-  
cas formas de tucanes, delfines, dinosaurios...  
Ahora estaban, después ya no estaban.

—¿Por qué se van? —se preguntaba Escoba.

Escoba también soñaba con su nombre, por-  
que a ella no le gustaba llamarse Escoba... y  
pensaba:

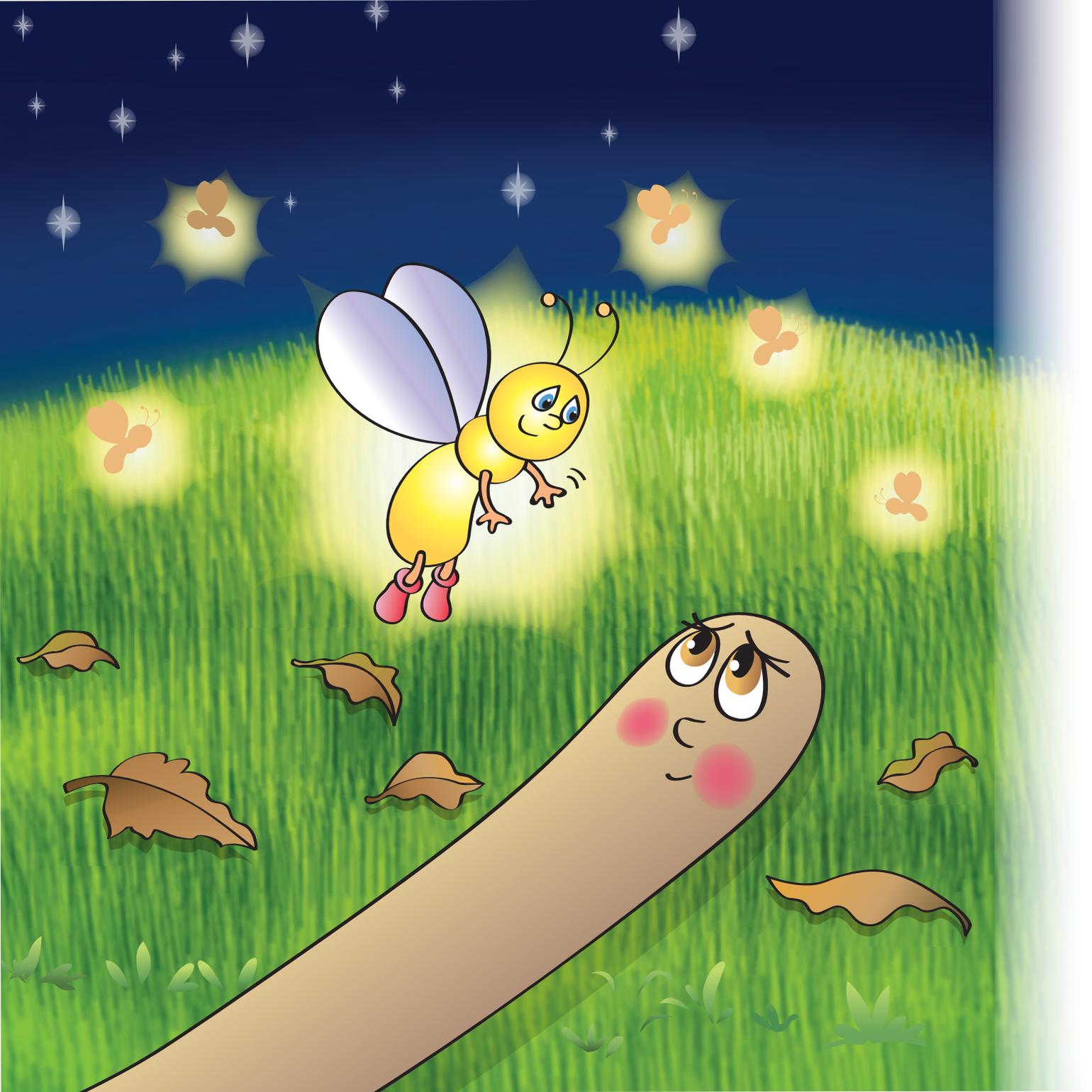
—Tal vez si me cambiara el nombre, mi vida  
cambiaría y podría hacer otras cosas... podría  
jugar, podría conocer otros lugares.

Por esa razón ella comenzó a pensar en otros  
nombres... **Escaparate...** **Estante...** **Espalda...**  
Ninguno le gustaba, pero continuaba pensan-  
do... **Esfera...** **Estómago...** **Estatua...** **Estam-  
pilla...** **Escombro...** **Escalera...** Y así se mante-  
nía por horas y horas.



Llegó la noche; en aquel lugar durmió y soñó Escoba. En la madrugada las gotas de lluvia fría rociaron su cuerpo y despertó, sentía mucho frío, pero con ilusión seguía pensando en un nuevo nombre. Como estaba sola los pensó en voz alta para poder escucharlos:

—**E**spiral... **E**spejo... **E**scándalo... No, no me gustan. Quiero un nombre **E**spectacular... **E**stupendo... **E**special... un nombre que signifique felicidad, un nombre con el que pueda vivir, iluminar, viajar, acompañar.



En la noche oscura, sobre el piso del patio, Escoba observó algunas luciérnagas, esos preciosos insectos voladores que como diminutos bombillitos iluminan la oscuridad mientras danzan libremente.

Escoba saludó con amabilidad a una elegante luciérnaga que la miraba fijamente con su sonrisa bondadosa.



—¡Hola lucecita...!

Como no sabía su nombre, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El insecto se acercó a Escoba y con voz de conversar le dijo:

—Mmm, tengo varios nombres, Bicho de luz y Luciérnaga, pero me gusta más que me digan Luci.

—Y tu nombre, ¿cuál es? –preguntó Luci.

—Mmm, bueno, es que no tengo un nombre todavía. Me llaman Escoba igual que toda mi familia...

—Entonces, ¿ese es tu apellido! –dijo Luci.

—No lo sé, pero no es bonito, por eso estoy buscando un nombre, algo especial –señaló Escoba.

—¿Y dónde están los nombres? Puedo volar rápidamente e ir en busca de un nombre y traértelo. ¿Quieres? –preguntó Luci

—¡Qué amable!, solo que... ¿y si ese nombre no me gusta? –respondió Escoba.



—Es cierto, entonces... ¿Y si jugamos a buscar nombres? Tal vez encontremos uno que te guste —señaló Luci.

A Escoba aquella idea le pareció formidable, se sentía feliz compartiendo con su pequeña e inteligente amiga. Había llegado el momento de jugar.

Juntas inventaban juegos de nombres, algunos iniciaban con el sonido A, y reían proponiendo... **Á**rbol... **Á**baco... **Á**ngel... **A**nzuelo... **A**mapola.